

CAROLINE VOUT

AL DESNUDO  
EL CUERPO GRIEGO Y ROMANO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE  
AMELIA PÉREZ DE VILLAR

Ganador de The London Hellenic Prize



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección **HISTORIA Y PENSAMIENTO**, 43

Título original: *Exposed. The Greek and Roman Body*

© De la edición original en inglés, Profile Books, 2022

© Del texto, Caroline Vout, 2022

© De la traducción del inglés, Amelia Pérez de Villar, 2024

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2024

Todos los derechos reservados.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte



Primera edición: mayo, 2024

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Alex Kirby

Imágenes: Getty Images

Adaptación de cubierta: Ezequiel Cafaro

Foto de solapa de la autora: Robin Osborne

ISBN: 978-84-127476-8-3

Thema: AGH, JBCC3, 1QBAG, 1QBAR

Depósito legal: M-7009-2024

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

# SUMARIO

PRÓLOGO. SIN ROPA, NO DESNUDOS	11
1. EL SER HUMANO	31
Un comienzo turbio	34
Mi familia y otros animales	40
La hembra de la especie	49
El hombre como máquina	59
2. CUERPO Y ALMA	65
El cuerpo como prisión	74
Alimento para el alma	80
Una ventana al alma	83
El nacimiento del placer	95
3. SEXO Y SOCIEDAD	99
Nacida para criar	103
Cuerpos disponibles	116
El deseo homosexual	128
4. EL CULTO AL CUERPO	143
La ambición desnuda	156
La belleza masculina	165
Se amplía la participación	176
5. LA BELLEZA DE LO FEO	187
Esclavos y otros inadaptados	190
La protesta social	200
Bajo el microscopio	204
De lo ridículo a lo sublime	220
6. MÉDICOS Y CURANDEROS	223
El cuerpo doliente	238
El cuerpo, por partes	252

7. EL CUERPO POLÍTICO	263
El emperador como imagen	265
Cuerpo y Estado	275
Lo que vemos es lo que hay	286
Ojo por ojo	292
8. SUEÑO Y MUERTE	299
El largo adiós	303
La triste realidad	312
Vida después de la muerte	327
9. RESURRECCIÓN	333
El cuerpo de Cristo	334
Ascenso y caída	342
Los pecados de la carne	346
El cuerpo de los santos	355
El cuerpo como campo de batalla	361
EPÍLOGO. CUERPOS FAMILIARES Y CUERPOS EXTRAÑOS	373
AGRADECIMIENTOS	387
PARA SEGUIR LEYENDO	389
LISTA DE ILUSTRACIONES	449
ÍNDICE ONOMÁSTICO	465

*A mi padre, Colin Vout*

25 de septiembre de 1931–17 de enero de 2020

PRÓLOGO

SIN ROPA, NO DESNUDOS

**N**unca fue mi intención escribir un libro sobre el cuerpo. En todo caso, no sobre el cuerpo como entidad. Mi plan original era reflexionar sobre los rostros, sobre el aspecto que podría ofrecer la existencia de individuos que vivieron muchos siglos atrás cuando se reconstruyen no a partir de textos escritos en papel o en piedra, sino de los retratos de griegos y romanos. Otra opción era elaborar una especie de historia de la sexualidad en Grecia y en Roma. Pero cualquiera de estos proyectos supone una fragmentación del cuerpo: niegan su función como animal social. ¿Por qué ceñirse a la cabeza o a los genitales?

El aliciente fue la confluencia de dos factores. El doctor y escritor Gavin Francis me invitó a hablar en el lanzamiento de *Shapeshifters: A Doctor's Notes on Medicine and Human Change* y me pidió que dedicase mi breve intervención al poeta latino Ovidio. Estábamos en la Wellcome Collection de Londres: una institución bien conocida por sus estudios sobre salud y ciencia. Crucé los dedos y expliqué cómo en la obra más famosa de Ovidio, *Metamorfosis*, el cuerpo es la fuente de todo el conocimiento; sus relatos sobre la transformación de un cuerpo (en animales, árboles, flores, piedras, ríos, estrellas, dioses, niñas en niños, niños en niñas, hombres y mujeres en hermafroditas...) ya hablaban entonces de las actuales preocupaciones relativas a la naturaleza, la cultura, el sexo, el género o la dismorfia corporal. Los oyentes asentían con la cabeza, y las preguntas que planteaban —sobre la dieta, la discapacidad física, el suicidio o la individualidad— eran la prueba de que el cuerpo que defendieron griegos y romanos

apenas ha envejecido. Ovidio sigue tan acertado como entonces al preguntarse qué significa ser un ser humano.

El segundo factor fue un suceso del que se hizo eco el periódico local: «Se cierra Bridge Street, en Cambridge, al resultar atropellado un ciclista por un *scooter* para minusválidos». Recuerdo volar muy alto, como el Faetón de Ovidio cuando pierde el control del fogoso carro de su padre, y esperar después cincuenta y cinco minutos a que llegara la ambulancia. Yo estaba consciente: el daño más perdurable fue la rotura del brazo con el que escribo. Ahora tengo muchas más dudas en común con Ovidio: sobre la relación entre el hombre y la máquina, sobre la mente y el cuerpo, sobre la integridad física. Después me contaron que once de los esqueletos encontrados en los cementerios romanos de Poundbury, en Dorset, y Kankhills, en Winchester, muestran fracturas ya soldadas del mismo hueso que yo me rompí —el radio—, aunque, debo admitir complacida, con consecuencias no deseadas como una alineación deficiente del brazo o su excesivo acortamiento. ¿Recibieron un tratamiento similar al mío? ¿Se parecía aquello a lo que se leía en los tratados de medicina griegos y romanos? Si hubiera estado yo por allí en aquellos tiempos es muy posible que me hubiera pasado por encima un carro de caballos: soy miope desde la adolescencia y, aunque los romanos hicieron algún intento de practicar la cirugía ocular, yo hubiera tenido que esperar un milenio o más para conseguir unas gafas. El cuerpo es lo único en lo que pienso. Y pregunto a mi colega: «¿De verdad crees que puedo empezar a escribir algo en este estado?».

Ella responde: «Es el momento perfecto».

\* \* \*

Perfección. El cuerpo de los griegos y romanos es el cuerpo perfecto: sin defectos, esbelto, precioso, colocado sobre un pedestal. Pero también es una hermosa mentira. Hasta los más grandes pintores de otras épocas tuvieron dificultades para encontrar la inspiración en un único ser humano, y tomaron

«las mejores porciones» de cada uno de los distintos modelos que posaban para ellos y así poder ejecutar una composición sin defecto alguno. Los escultores creaban cuerpos de bronce y mármol que eran demasiado perfectos para ser auténticos... o auténticamente mortales. El escultor griego Policleto es un buen ejemplo: desde el principio se consideró su *Doríforo* (portador de lanza) como paradigma de la forma humana (figura 1). La estatua —que data del siglo V a. n. e.— se perdió, aunque no antes de que la admiración que suscitaba diera lugar a múltiples copias realizadas en Roma. Detengámonos un momento a observar su rostro juvenil, su torso maduro y su pene, de un tamaño tan reducido que nos parece incongruente. Resulta que los requisitos del arte difieren mucho de los requisitos de la vida, una cuestión que dio a los antiguos mucho material para el debate.

El *Doríforo* tiene un cuerpo irreprochable, lo que indica un carácter irreprochable. Belleza y bondad. Para el filósofo griego Platón, estas cualidades iban de la mano y eran fundamentales

*1. Este cuerpo, considerado por muchos el cuerpo ideal, lo esculpió en bronce el griego Policleto allá por el siglo V a. n. e., y se hicieron numerosas copias. Esta es una copia en escayola de una versión romana de mármol encontrada en Pompeya.*



FIG. 339. — Apollo Belvidero.<sup>553</sup>



FIG. 340.<sup>556</sup>



Greek.

FIG. 341. — Negro.<sup>554</sup>

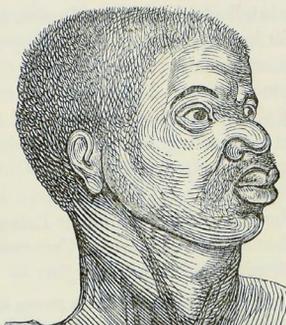
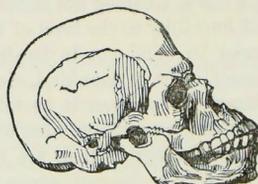


FIG. 342.<sup>357</sup>



Creole Negro.

FIG. 343. — Young Chimpanzee.<sup>555</sup>

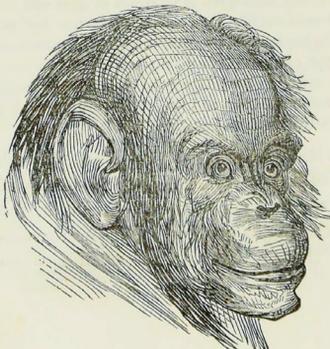
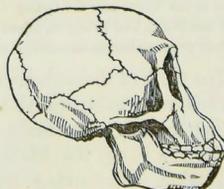


FIG. 344.<sup>558</sup>



Young Chimpanzee.

(458)

2. Ilustración de Josiah C. Nott y George R. Gliddon, titulada *Types of Mankind* (Tipologías de seres humanos), que considera al Apolo de Belvedere como cima de la evolución humana. Los autores pensaban que todo lo demás estaba por debajo de aquel rasero, pero algunos seres humanos lo estaban más que otros. El texto de 1854 apoya la tesis del poligenismo, es decir, cree que las razas tienen distintos orígenes.

para su política. Pero su importancia aumentó cuando, superada la antigüedad, se encontraron estatuas griegas y romanas que solo conservaban trazas de la pintura original, de modo que se trasladaron sin perder un momento al taller de restauración, donde se despojaron de los pigmentos que aún quedaban para exponerse en una galería. Para cualquiera que no tuviera la posibilidad de adquirir una obra auténtica, las copias en escayola —aún más blancas que el mármol pulido— podrían ser un buen sustituto. Pálidas e interesantes, estas estatuas son fantasmas del pasado griego y romano, proveedores de lo puro como virtud.

Como todos los fantasmas, estas estatuas son numinosas y aterradoras. Cuando hablamos de fantasmas, contamos historias en las que intentamos domesticarlos. Con las estatuas tejemos además un relato que nos permita explicar de dónde vienen. Y pocos de estos relatos han revelado tanta autoridad como los del estudioso alemán Johann Joachim Winckelmann (1717-1768). Para Winckelmann, los cuerpos griegos de los siglos v y iv a. n. e. nunca fueron superados. En aquella época las estrellas se alinearon para crear un clima y una cultura realmente propicios para la libertad en general, y la de expresión en particular. Lo que Winckelmann veía como un ideal otros lo determinaron mediante criterios empíricos: tomemos, por ejemplo, el caso del anatomista holandés Pieter Camper (1722-1789), cuyo trabajo con calaveras y estatuas concluye que la belleza perfecta radica en el perfil y en los ángulos faciales. Trazando una línea desde la frente hasta los dientes superiores y desde ahí, en horizontal, hasta el orificio de las orejas, Camper estableció una jerarquía que va desde el simio con cola (ángulo de 42°) hasta el ángulo recto del *Apolo de Belvedere*, una estatua realizada en la antigua Roma pero basada en un original griego que se perdió. Lo máximo a que podían aspirar los humanos de carne y hueso era un ángulo de 80°... y solo si eran europeos. Africanos y asiáticos podían llegar a los 70°. No es difícil adivinar adónde se dirige el estudio. Los grabados que Josiah Nott y George

Gliddon incluyeron en su obra *Tipologías de seres humanos*, publicada en Filadelfia en 1854, son un buen ejemplo, una escala proporcional que vincularía el cuerpo grecorromano a la blancura, la belleza y la bondad a la raza. Una lógica pseudocientífica para la esclavitud (figura 2). Si nos trasladamos a 2016 veremos los campus universitarios estadounidenses plagados de carteles del *Apolo de Belvedere*, convertido en *pin-up* del supremacismo blanco.

Y estamos todos implicados: al menos hasta el siglo xx, el plus que significaba contar con una educación clásica, y las lecciones que nos enseñaba la escultura grecorromana, pero también los textos literarios, históricos, filosóficos y médicos de la época, contribuyeron a crear una falsa sensación de cercanía con estas culturas, lo que las convirtió en base para la construcción del pensamiento político, la ley y la justicia social, el arte, la anatomía y la raza. «Todos somos griegos. Nuestras leyes, nuestra literatura, nuestra religión, nuestras artes... Todo tiene sus raíces en Grecia», argumenta Shelley en el prefacio de su drama lírico *Hellas* (1821). Y seguimos leyendo su poesía amorosa o los discursos que pronunciaban en los tribunales, dejándonos seducir y creyendo que sabemos perfectamente cómo se sentía uno dentro de esos cuerpos. Pero nuestras experiencias vitales tienen muy poco en común con las suyas: muchos de ellos se casaban jóvenes, muy jóvenes en ocasiones, y su esperanza de vida no tenía nada que ver con la nuestra. También tenían distintas actitudes hacia el sexo, el riesgo o el castigo.

Ese «somos» de Shelley es inevitablemente exclusivo y excluyente; la cultura griega se elogia muchas veces en detrimento de otras culturas, y se considera una vía de conocimiento incomparable. Si ensalzamos a los griegos y romanos, nos apropiamos indebidamente de la herencia que nos ofrecen, y no solo porque Platón, Apolo y el *Doríforo* ya eran excepcionales entonces, sino porque estamos concediendo a los griegos y romanos una unidad de pensamiento y de acción que nunca existió. ¿Qué hay entonces de la diversidad —color de

la piel, sistemas de creencias, idiomas, género y clase— que era propia del mundo griego o del Imperio romano que, en su momento de máximo esplendor, se extendió desde Gran Bretaña y Portugal hasta África y Siria? (figura 3).

No hay lugar donde la diversidad se perciba de un modo más claro que en relación con el cuerpo. Al escribir este libro, regreso al tablero de dibujo y llevo a Platón, al *Doríforo* y al *Apolo de Belvedere* a establecer un diálogo con una serie de materiales seleccionados que resulta mucho menos familiar y no tiene precedentes. Me fijo en las diferencias que hay entre cuerpos reales y cuerpos representados, nuestros cuerpos y sus cuerpos, los cuerpos masculinos y femeninos, los cuerpos griegos y los que no lo eran, los cuerpos de Atenas, Alejandría y Roma, o de la Italia romana, el Egipto romano, la Gran Bretaña romana. Y me planteo cómo han cambiado esos cuerpos con el paso del tiempo, cómo ha cambiado su experiencia corporal. El testimonio más temprano de los que justifican este libro es la poesía griega del año 700 a. n. e., aproximadamente, y la última es de finales de la Edad Antigua, cuando el cristianismo se convirtió en la religión dominante del Imperio romano.

En este proceso, el imperio ateniense del siglo v a. n. e. quedó eclipsado por el de Alejandro Magno, cuyas conquistas durante la segunda mitad del siglo iv a. n. e. llevó la cultura griega hasta países orientales tan lejanos como la India. Con su muerte prematura nadie fue capaz de mantener el pulso de Alejandro, y su territorio fue dividido. Dos siglos después los reinos que habían seguido su estela fueron engullidos poco a poco por la expansión de Roma. Pero para organizar el libro cronológicamente tendría que hablar solo de los cuerpos grecorromanos en función de su evolución histórica, cuando lo que realmente quiero hacer es que hablen ellos: de sí mismos, por sí mismos. Que hablen de lo que significa tener un cuerpo en ese momento, un cuerpo del momento. También supondría dar más brillo a los grandes hombres, y a sus mentes por encima de su cuerpo.



*3. No sabemos en qué parte del mundo griego se encontró esta gran cabeza de mármol. De un tamaño algo menor al natural, probablemente se esculpió en Asia Menor (la actual Turquía) en el siglo II a. n. e., y en origen formaba parte de una estatua.*

Tampoco quiere este libro separar a griegos y romanos en capítulos distintos. El gobierno de Roma cambió para siempre la vida de las ciudades griegas. Un punto de vista extremo afirmarí­a que su patrimonio fue todo lo que les quedó. Pero el gobierno de Roma abrazó ese patrimonio, y a los

habitantes de aquellas ciudades, para que la cultura griega pudiera sobresalir, amplificando lo que significaba ser griego, tener aspecto de griego o actuar como tal, frente a lo que significaba ser romano. Grandes porciones del Imperio romano continuaron hablando griego y pensando en griego. El diálogo entre el mundo griego y el romano hizo que cristalizaran el canon corporal y la ética sexual. Con el gobierno autocrático de Roma, a finales del siglo I a. n. e., la idea del cuerpo canónico se refinó aún más, y habría que esperar hasta el siglo IV n. e., cuando los emperadores romanos hicieron posible el dominio generalizado del cristianismo, para que se reformara. El cristianismo tenía sus raíces en el judaísmo, y su base de poder más temprana se encontraba en África.

De modo que este libro adoptará una estructura temática, lo que permite extenderse y recorrer este terreno en expansión a la vez que se detiene como un zoom en períodos, lugares o personajes específicos. Los adjetivos *griego* y *romano* serán importantes en ocasiones y, en otras, quedarán superados por tensiones más elementales entre el individuo y la comunidad, lo local y lo global, o por el hecho de ser un ser humano. Hacer justicia a estos vínculos supone aceptar cuerpos que no se encuentran en los textos ni en las galerías, no solo cuerpos bellos, sino también cuerpos feos, enfermos, sucios, cuerpos que forman parte de nuestra sociedad, extraídos de ella. Y no es tan sencillo como parece, porque la mayor parte de las fuentes escritas con las que contamos proceden de la élite de los centros urbanos. Aunque los datos arqueológicos y las distintas formas de cultura material (como la cerámica, las tablillas de maldición y los exvotos que representan partes del cuerpo) dan voz a grupos alternativos y a experiencias físicas cotidianas, pero sin acceso directo a la voz de las mujeres, de los obreros o de los cautivos, sabemos que estas «cunas de la civilización» eran misóginas, guerreras y esclavistas.

\* \* \*

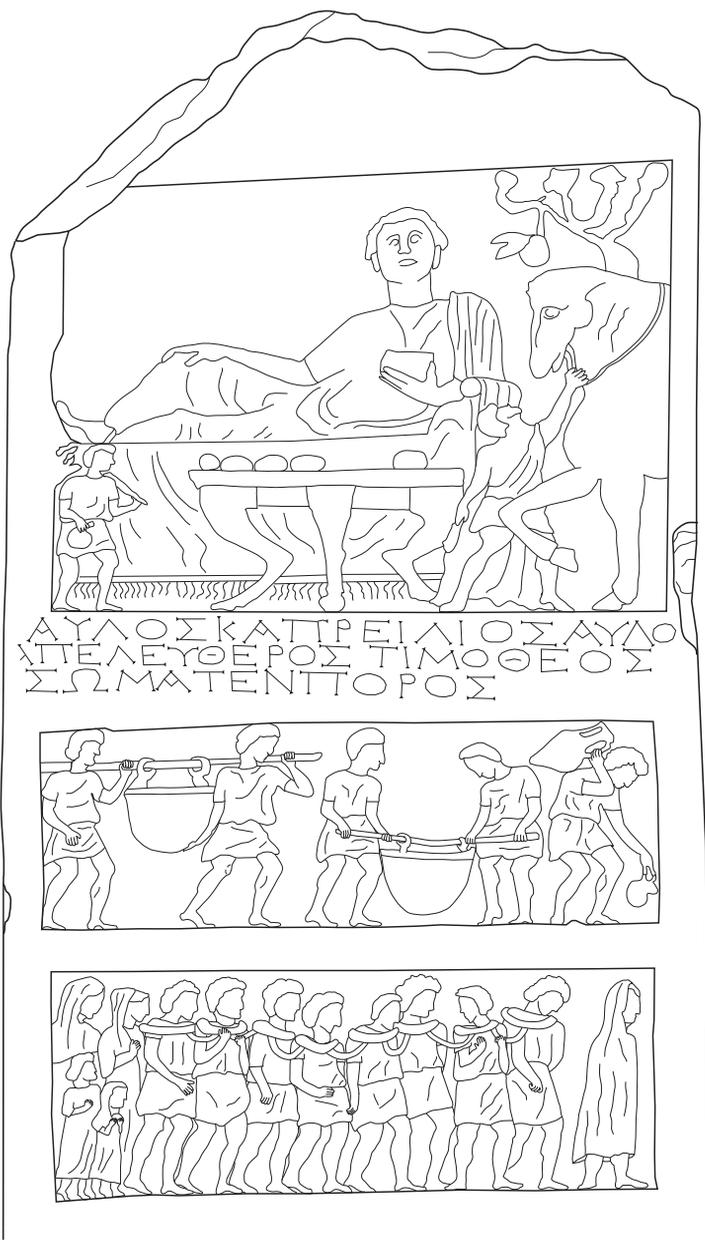
No es preciso sentir simpatía por los griegos o los romanos para admitir que tantos siglos de inversión cultural les han convertido en especiales. Y por especiales no queremos decir superiores. Podemos hacernos las mismas preguntas que ellos se hicieron con relación al cuerpo sin necesidad de aceptar sus respuestas. Y precisamente esas preguntas, las que se hicieron Platón y Policleto, son las que interesa debatir. De hecho *tenemos* que hablar de ellos aunque solo sea por el entusiasmo que les profesaron Winckelmann, Camper o Shelley. ¿De dónde vienen los seres humanos? ¿Qué les hace humanos, autónomos, capaces de actuar y, más aún, de actuar de un modo responsable? ¿Qué sucede con esos cuerpos, y con las fuerzas que los animan, cuando la persona muere? Todas estas son preguntas cuyas respuestas se discutieron una y otra vez en la antigüedad y que aún hoy gobiernan el pensamiento poshumano y trashumano, llevando a infinidad de personas a gastar decenas de miles de dólares para que su cuerpo, o al menos su cabeza, se conserve criogenizado con la esperanza de una futura recuperación. ¿Es el cuerpo algo superfluo a la hora de determinar nuestro estatus de persona? Muchos antiguos pensaban que lo era y, sin embargo, no pocos utilizarían sus conocimientos de filosofía para describir en sus textos diversas formas de prolongar la vida y escribirían tratados de medicina sobre órganos, enfermedades, dietas o complejos procedimientos quirúrgicos. La cosmética, los perfumes o la pertenencia a un gimnasio eran ya entonces un gran negocio, y no solo porque el futuro de la especie depende de atraer a una pareja con la que aparearse, sino porque —como atestigua la práctica de la anticoncepción— existía un gran afán de buscar el placer.

La asistencia al gimnasio era en la cultura griega lo que ir a las termas en la romana: ambas eran actividades que formaban parte de la naturaleza de estos pueblos, lo que —a sus propios ojos— les distinguía de los bárbaros. En la Grecia del siglo V a. n. e., la costumbre de hacer ejercicio sin ropa convertía a los hombres en ciudadanos, pues los entrenaba para

garantizar la gloria de sus ciudades en las competiciones atléticas tanto locales como panhelénicas y (algo tan importante para su formación como adultos consolidados) para atraer las miradas de admiración de otros ciudadanos varones. Los romanos, en comparación, eran tipos serios, con entradas capilares y engorrosas togas. Daba igual lo que hicieran en privado, o lo que soñaran con hacer: el amor entre ciudadanos varones no estaba bien visto en público.

Esto no significa que los romanos no estuvieran dispuestos a tirar de la ropa. Todas las ciudades y villas que salpicaban el Imperio romano tenían lujosas casas de baño, con versiones de estatuas como el *Doríforo* de Policleto y suelos decorados con mosaicos figurativos destinados a generar en los bañistas una conciencia de su propio cuerpo y de su vigor, o de lo inadecuado de aquel. Estos hitos de la ingeniería y el artificio, así como su influencia a la hora de adquirir conciencia del propio cuerpo, eran desde la perspectiva de Roma parte del proceso de civilización. Pero era muy complicado borrar las líneas que separaban las jerarquías. Cuando el emperador Adriano, muy aficionado a los baños públicos, pilló a un veterano de guerra frotándose contra la pared porque no tenía a nadie que le retirase los aceites, le proporcionó unos cuantos esclavos y algo de dinero para mantenerlos. Durante su siguiente visita, vio que había varios hombres haciendo lo mismo, y les ordenó que se frotaran unos a otros.

Para mucha gente la vida era dura. En lo más bajo de la jerarquía social estaban los cuerpos esclavizados que no tenían categoría de persona, y por tanto carecían de los derechos que esto confiere. Un monumento funerario de Anfípolis, en el norte de Grecia, señala esta situación de un modo más que gráfico (figura 4). En el nivel inferior se ve a los esclavos: los llevan como si fueran un rebaño de animales, encadenados por el cuello; en el nivel inmediatamente superior aparecen trabajando como troyanos; en el vértice sirven al difunto Aulus Caprilius Timotheus, reclinado en un triclinio de un tamaño superior al natural. La inscripción del monumento nos



4. Dibujo de la gran lápida funeraria de Aulus Caprius Timotheus, que revela todos los detalles con más fuerza que una fotografía. Se remonta al siglo I n. e., cuando la región en la que se encontró la piedra estaba bajo dominio romano, y ofrece varias ventanas para el conocimiento del cuerpo esclavizado.

informa de que Timotheus fue un tratante de esclavos (el nombre en griego es «vendedor de cuerpos»). La posibilidad de que disfrute de la vida y reciba el correspondiente homenaje una vez muerto se basa en el trabajo inhumano de esos hombres. En comparación con el cuidado que él dedica a su propio cuerpo, los de los esclavos están comprometidos, uncidos a un yugo como si fueran bueyes; en la escena de la parte superior, donde se afanan por atender todas sus demandas, hay incluso una prueba más de sus envidiables recursos, como el caballo que aparece a su izquierda. La inscripción nos dice una cosa más: Timotheus es un liberto, es decir, él también fue esclavo. Su metamorfosis es digna de Ovidio.

Las mujeres también se definían por sus cuerpos, aunque de un modo diferente: su finalidad en la vida era tener hijos. Si no eran sexualmente activas se consideraban un peligro para sí mismas y para la sociedad, salvajes como su propio útero que, según se creía, iba recorriendo el interior del cuerpo en busca de humedad. Pero si eran sexualmente activas también representaban un peligro para la sociedad: un hombre tenía que estar seguro de que el hijo que la mujer llevaba dentro era suyo, y de ahí la importancia que se daba a la reclusión y al matrimonio (figura 5). Poco importaba la educación o el dinero que tuviera una mujer: su cuerpo la convertía en un ciudadano de segunda.

Sin embargo, no solo las «débiles féminas» tenían problemas de autocontrol. La batalla por equilibrar las urgencias físicas con el pensamiento racional era lo que convertía en humanos a todos los habitantes del mundo grecorromano. Acostarse con demasiados hombres —o mujeres— o pasar un duelo excesivo por la muerte de un cónyuge o un hijo representaba, incluso para los integrantes de las élites, el riesgo de convertirse en blanco de acusaciones de amaneramiento. La necesidad de controlar el cuerpo iba más allá de las fronteras de la propia vida. Para muchos, la muerte constituía una liberación: suponía escapar del bagaje corporal con el que cargaba; pero aun así era una situación que había que

manejar de manera adecuada, del mismo modo que era preciso deshacerse del cadáver como era debido. Vamos a ver cuerpos muertos, además de vivos; cuerpos que respiran, y cuerpos públicos a la par que privados. El control del propio cuerpo era un indicador de la estima de cualquiera que participase de la esfera pública. Estar sometido a la mirada pública convertía a estos individuos en personas particularmente expuestas. Los dioses eran la excepción: si se les aplicaba el mismo rasero que al resto de la sociedad, su crueldad y promiscuidad hubieran quedado fuera de toda medida, lo que demuestra su extraordinario estatus.

\* \* \*

Mucho cuerpo para un solo libro. Pero los dioses nos ayudarán a estructurarlo, del mismo modo que ayudaron a estructurar las sociedades griega y romana, haciéndose cargo de diferentes dominios de la vida humana y exigiendo el cumplimiento de sus leyes. Tanto si somos conscientes de su presencia como si no, están entre nosotros: el padre de Faetón, Helios (el Sol), o Apolo, con el que se identifica a Helios, o Dionisos (Baco), bajo cuya jurisdicción están las uvas con las que trabajan

los esclavos de Timotheus que aparecen en el nivel central. Los gimnasios de la antigua Grecia, por su parte,



*5. En 1833 el artista Thomas Eakins utilizó la tecnología de la fotografía, recién descubierta, para llevar a cabo sus estudios del cuerpo humano. Eakins consideraba a los griegos unos maestros del modelado del natural, y optó por vestir a sus retratados con atuendos de la época clásica. En la antigüedad, esos modelos tendrían edad de contraer matrimonio.*

no fomentaban el culto a la belleza, sino la adoración de Hermes y de Hércules, hijo de Zeus (Júpiter en latín) y de una madre mortal, Alcmena. Hasta Adriano se consideró divino cuando murió. Por cada incisión quirúrgica que se hace en la carne sangrante hay una historia sobre el hijo de Apolo, Asclepio, y los remedios que administraba sirviéndose de sus serpientes sanadoras.

En el momento en que los griegos dieron a sus dioses y diosas forma humana, los convirtieron también en medidas de humanidad. Al mismo tiempo, comenzaron a cuestionarse la humanidad del cuerpo con mayor urgencia. Dionisos, por ejemplo, nació del muslo de Zeus porque su madre mortal, Semele, comete un error fatal: pedir a su amante que se despoje del disfraz que lleva y se muestre ante ella en su esplendor y gloria natural (figura 6). El embrión que lleva dentro será rescatado y trasplantado a su amante antes de morir ella reducida a cenizas. La esencia de un dios es demasiado caliente para que la maneje un mortal.

En el grabado de Dente, Zeus puede parecernos un macho de sangre caliente, pero él y su hijo tienen icor en lugar de plasma y plaquetas, que les corre por las venas por beber néctar en lugar de vino y comer ambrosía en lugar de pan. Y es la ausencia de sangre lo que hace inmortal a un dios. En otra versión de la historia, Dionisos no nace de Semele, sino de la hija de Zeus, Perséfone; enseguida será asesinado y devorado por los Titanes, que dominaban el Olimpo antes que ellos. ¿Es que entre los dioses no había nada sagrado? Al menos el corazón de Dionisos se salva: según un autor, se pica y se echa a una sopa que se dará de comer a Semele, haciendo así posible su regeneración (figura 7). Los cuerpos mortales, sin embargo, se rigen por un estricto código de costumbre y tabú. Para ellos, la muerte es un obstáculo insalvable.

Hasta la llegada de Cristo. Aunque todo eso de la muerte y la resurrección convierte a Dionisos en un precursor, Cristo es un dios que pertenece a un orden nuevo. No es simplemente un dios con forma humana, sino un hombre